

## Introducción

*“Peregrino soy en tierra ajena...”  
Hechos, 7.6*

A finales de XIX y principios del XX los Estados Unidos ven surgir el mito del *melting-pot*. Inmigrantes procedentes de muy diversos países, principalmente europeos, transforman el clima social de crecimiento y desarrollo del país. Al mismo tiempo, la tradición liberal del pensamiento anglosajón y el clima de profunda transformación social convierten a este territorio en el laboratorio ideal para lo que Armand y Michéle Mattelart han llamado “los empirismos del nuevo mundo” (Mattelart y Mattelart., 2005: 23).

Como si no fuera suficiente para un mismo momento histórico, a estos hechos se suma la aparición de los primeros medios masivos de comunicación, agregando nuevas dosis de tensión intelectual al interior de la eclosión de las nacientes ciencias sociales norteamericanas. Frente a semejante cruce, la pregunta no podía esperar más: ¿Qué papel jugaban los nacientes medios masivos de información en la integración multicultural del país? Ezra Park, desde la Escuela de Chicago, es el primero en intentar contestarla, y desde ahí los estudios de comunicación, migración e interculturalidad quedan históricamente ligados, estableciendo en su desarrollo una agenda que ha visto cambiar sus prioridades empíricas y teóricas a lo largo de este tiempo.

Hoy en día la migración internacional, nadie lo puede negar, es cada vez mayor y más multiforme, alcanzando cada vez puntos más remotos en tanto procede de lugares cada vez más lejanos. La sistemática pregunta por la integración de los migrantes a los panoramas históricos, culturales y económicos de los países receptores ha ido dejando claro que el fenómeno migratorio hace mucho que dejó de ser un problema de producción de remesas y ordenamiento territorial, para pasar a ser un espacio de reflexión en torno a la cultura y la resignificación de la experiencia y la vida cotidiana más allá de las fronteras.

Este hecho, a su vez, ha revelado la necesidad de ver cómo la transformación tecnológica en materia de medios, la explosión de las curvas de aprovechamiento tecnológico y los cambios socioculturales de aprendizaje afectan esa experiencia cotidiana de los sujetos, mismos que habitan en torno a fenómenos mediáticos y migratorios particulares donde a veces los protagonistas no son precisamente los mismos migrantes sino aquellos que históricamente se han considerado como periféricos o secundarios en este contexto de movilidades.

Ante esta realidad los estudios comunicativos han evolucionado en el desarrollo de sus preguntas y en el planteamiento de nuevos cruces disciplinarios, siendo común en nuestros días el testificar la existencia de investigación empírica en torno a ejes tales como las representaciones del migrante en distintos medios, la producción de sus contenidos culturales en diversas plataformas tecnológicas o bien, el consumo mediático entre distintos grupos étnicos o raciales en distintos países que no son el de origen. Con todo, aún quedan grandes áreas oscuras en el mapa de relaciones entre fenómenos migratorios y estudios comunicacionales, tal como es el caso de la sorprendente ausencia de estudios sobre los usos sociales de la Internet por parte de migrantes en diversas partes del planeta (González, 2008: 119).

Justamente, el trabajo que aquí se presenta pretendió abordar de manera exploratoria un aspecto particular de este problema, que es el uso del espacio público de la WEB<sup>1</sup> por parte de de la llamada diáspora mexicoamericana. Con todo, es necesario exponerle al lector, antes que otra cosa, que de pocos años a la fecha la diáspora mexicoamericana ha encontrado en los aspectos públicos de la Internet un valioso espacio de circulación y construcción de sentido compartido, convirtiéndose con ello en una *diáspora digital* paralela a otras diáspora digitales.

Por otro lado, también es necesario anunciar desde ya que el fenómeno de las *diásporas digitales* ha sido casi exclusivamente abordado a partir de enfoques culturalistas, atentos a desmontar asuntos tales como el consumo

---

<sup>1</sup> Ya que el tema del presente trabajo no tiene por fin reactivar el debate público / privado, se ofrece al lector la aclaración de aquí se parte de la premisa de que el espacio de la WEB, es cual se considera el horizonte socializado de la plataforma Internet, puede ser dividido en estos dos espacios. El espacio público de la WEB es aquel en el que los sujetos son capaces de interactuar libremente con los elementos en línea que no están bloqueados por otros usuarios (V.g. Hine).

tecnológico, los desplazamientos lingüísticos o la construcción identitaria; por otro lado que la excesiva atención sobre los caracteres más culturales del fenómeno, aunque de innegable y central importancia, ha soslayado la necesidad de explicar su existencia como producto y determinante de estrictos modelos social-asociativos. Con esta vista de fondo, el presente trabajo intenta conciliar, desde el cruce de ambas tradiciones teóricas, un primer acercamiento a las diversas manifestaciones de la diáspora *digital* mexicoamericana, sobre todo a partir de entender los usos asociativos de estas manifestaciones no como un fenómeno aparte, sino como un uso social más entre otros de sus variados usos sociales.

### **Una experiencia en primera persona: de cómo se llega a conocer lo que no se buscaba**

A mediados del año 2006, mientras me centraba en distintos aspectos mediáticos de la migración mexicana en los Estados Unidos, cayó en mis manos la traducción española de un artículo titulado *Los inmigrantes en la red*, del periodista chicano Sam Quiñones (2000).

Este texto, que de manera informativa trataba la reciente aparición de “sitios WEB de migrantes mexicanos”, me hizo constatar, con gran desconcierto, que las largas horas de búsqueda sobre estos temas<sup>2</sup> no habían podido dar cuenta, ni siquiera de manera indirecta y tangencial, de la existencia de un fenómeno tan grande y complejo como el que ahora presenciaba en la pantalla de mi computadora.

Llegado a este punto es necesario decir que cuando me encontré de frente por primera vez con aquél texto no era nuevo para mí el trabajo académico con cibercomunidades chicanas (Cortázar, 2004<sup>a</sup> y 2004<sup>b</sup>) ni la existencia de investigación seria sobre raza y etnicidad en los medios y la gran red (Leung, 2007; Chambers, 1994), pero tampoco otros sobre temáticas similares (Lario et al, 2006; Lorite, 2002; Migracom, 2007; Intermigra, 2007; Lanly y Valenzuela, 2004). Aún con este conocimiento contextual puede intuir

---

<sup>2</sup> Muchísimas de ellas en la Internet.

que lo que atestiguaba en aquel momento tomaba una dimensión muy grande, prometiendo ser apenas la punta de un fascinante e inexplorado iceberg.

Enseguida me embarqué en la siempre infinita tarea de rastrear casos documentados sobre el objeto, tanto en la prensa informal como en los circuitos de búsquedas anteriores, pero, sobre todo, en la producción académica nacional y extranjera.

Tras días de búsqueda y rastreo en bases de datos completas, hurgando en acervos bibliográficos en distintos idiomas y luego de peinar la red lo más finamente posible, la tarea concluyó en una doble sorpresa: a excepción de contados casos de investigación sobre las diásporas hindúes en la Internet (V.g. Mallapragada, 2006; Mitra, 2005 y Mitra y Cohen, 1999), algunos aspectos de la asiática (V.g. Gajjala, 2006; Wan-Yin Lin y Hayeon Song, 2006) y distintos acercamientos generales sobre el tratamiento del hecho diaspórico en los medios (V.g. Karim, 2003), el tema era casi completamente ignorado, mientras que la presencia de la diaspóridad mexicana en la red se reducía, en ese momento, a 3 artículos centrados en aspectos identitarios y discursivos de algunas comunidades de discusión chicanas, 2 de ellos producidos por el mismo autor desde el Departamento de Estudios de la Comunicación Social (DECS), en la Universidad de Guadalajara, (Cortazar 2004<sup>a</sup> y 2004<sup>b</sup>) y otro desde la academia estadounidense, en concreto del Centro de Estudios Chicanos de la Universidad de California en Los Ángeles (Gómez-Peña, 2001).

Un cuarto artículo, como ya he mencionado más arriba, fue el ya citado de Sam Quiñones, que si bien no se puede tratar como una fuente académica fue valioso en tanto que el autor, chicano de origen, ha dedicado gran parte de su vida profesional a seguir la producción y el consumo cultural de chicanos y mexicoamericanos en los Estados Unidos, al tiempo que hasta el momento en que se redacta esta introducción es el único que trata el tema de migrantes mexicanos y sus usos sociales del espacio WEB (Quiñones, 2000).

Por otro lado, vale la pena decirlo, al final de este trabajo me resulta casi obvio que la formación de comunidades virtuales y otros sitios electrónicos de migrantes mexicanos y mexicoamericanos en los EE.UU. sea únicamente objeto de interés de estudiosos mexicanos y norteamericanos, lo que hipotéticamente reduce la cuota de investigación para este objeto, sobre todo cuando se toma en cuenta la constante de que la investigación hecha en torno

al tema de las distintas diásporas en la red, así sea escasa, ha sido exclusivamente fomentada desde los países receptores y nunca desde los expulsos.

Con estos datos a la mano también es posible afirmar que estos aspectos de la migración, en otras geografías tal como la europea, no han sido de especial interés académico por causas por mi todavía desconocidas, cuando en cambio son comunes y crecientes los observatorios y veedurías en la relación migración, medios tradicionales y consumo cultural, principalmente interesados en monitorear asuntos relativos a las representaciones del migrante en distintos medios o la producción informativa en planos mediáticos sustentados por migrantes (V.g. Migracom, 2007; Intermigra, 2007).

Con todo, es útil enfatizar que aunque una lectura ligera y meramente informativa (tal como cual era el motivo del multicitado artículo) puede fácilmente apuntar hacia este fenómeno como una consecuencia esperada y hasta natural en el cruce del desarrollo tecnológico y la diversificación de formas del fenómeno migratorio en los EE.UU, en realidad el hecho dista mucho de constituir un acontecimiento predecible y parecido a otras y anteriores manifestaciones culturales de la migración mexicoamericana, y esto por al menos dos situaciones:

- 1) Por tratarse (en abierta oposición a objetos televisivos, impresos, radiofónicos y similares), de una manifestación no obviada y casi escondida, pues en esencia se trata de un acontecimiento sólo visible para algunos de aquellos cuya vida cotidiana se halla cruzada por los impactos de la experiencia migratoria y su conciencia, no siempre manifiesta, de pertenecer a una realidad marcada por su naturaleza diaspórica y transnacional.
- 2) Por tratarse de un fenómeno que, por su naturaleza eminentemente asociativa, permite ser entendido no sólo desde el clásico y dominante paradigma culturalista (V.g. usos y consumos sociales, procesos de aculturación, mecanismos de transformación lingüística, procesos de negociación identitaria, etcétera) sino también como un fenómeno vinculativo, es decir, como un hecho susceptible de ser interpretado a partir de teorizar las relaciones sociales construidas

por los individuos para posteriormente evaluar sus consecuencias en términos de acción colectiva.

Con todo, es necesario comentar que si bien Quiñones llamaba en su texto “sitios de migrantes” únicamente a un conjunto bien definido de sitios con características muy particulares, inmediatamente me percaté, a partir del rastreo sistemático en la red, de que existía un ingente universo de manifestaciones que podían englobarse en este marbete. Éstas podían agruparse en la forma de tres grandes grupos de sitios: los oficiales, los transgeneracionales y los que posteriormente nombré como “sitios de oriundos”.

Este hecho constituyó en la práctica el primer obstáculo a librar: ¿daría razón de todas las manifestaciones ciberespaciales de la diáspora mexicoamericana? O por el contrario ¿estaba yo buscando una forma particular de sitios?

La respuesta no tardó en hacerse presente: tras varios momentos de reflexión y buscando la forma más prudente de asumir el hallazgo, llegué a la conclusión de que el elemento más interesante de este mapa lo constituían *los sitios de oriundos*, un fenómeno reciente (Quiñones, 2000: 25) que, en términos generales, pueden definirse como sitios virtuales de orientación no institucional, ideológica ni comercial, que tienen como interés principal servir de vías de intercambio informal y alternativo de distintos tipos de información entre sujetos con un origen mexicano y regional compartido. Por su importancia, número y crecimiento exponencial en la red, era imposible dejarlos de lado.

Una vez aislado el objeto de interés, y luego de identificar un número considerable de estos sitios y revisarlos superficialmente, reconocí que la característica principal de éstos, que era la agrupación de sujetos por identificación con el pueblo de nacimiento (sobre todo frente a la inexistencia de sitios generales de migrantes, tan comunes en otras diásporas digitales), tenía que explorar, antes que situaciones identitarias o transculturales, el papel que tenían los usos sociales en los procesos asociativos dentro del eje migración - nuevos medios.

Desde este último punto, y para matizar más este contexto, también es importante señalar que aunque innegablemente los fenómenos migratorios se

presentan hoy en día como un gran objeto de interés en buena parte de las ciencias sociales (Herrera, 2006: 12), sabemos muy poco acerca de cómo éstos son tanto productos como determinantes de ciertos modelos de relación social, tal como las redes digitales.

Con esta determinante, el trabajo que aquí se presenta no sólo ha intentado cubrir este hiato sino exponer, en el cruce de las dos tradiciones, cómo las formas asociativas que se generan al interior de la diáspora digital mexicoamericana no son otra cosa que formas bien particularizada de diversos usos sociales, entre otros usos sociales, de la nueva alternativa tecnológica que es el espacio público<sup>3</sup> de la Gran Red.

Por otro lado y ya como nota de lectura, es importante comentar que este trabajo no ha ignorado el acalorado debate hispanidad *versus* latinidad (Durand, 2001), ni aquel sobre el estatus transgeneracional de los mexicanos en los Estados Unidos y su respectiva nominalidad (Meier y Rivera, 1976; Durand y Arias, 2005: 318). Esto debe ser puntualizado pues a lo largo de este trabajo se entenderá por mexicanos a aquellos sujetos nacidos en México y viviendo en el territorio nacional, mientras que migrantes son aquellos que, independientemente del tiempo que tengan radicando en los Estados Unidos, constituyen la primera generación o establecimiento.

Por su parte, se consideran como mexicoamericanos a aquellos nacidos en territorio norteamericano de padres con algún origen mexicano, independientemente de que pertenezcan a una segunda, tercera o cuarta generación o algún movimiento político o cultural, tal como el chicano. A su vez, cuando se hable de “diáspora mexicoamericana” se entenderá aquella colectividad que, independientemente de que sus miembros sean o no migrantes (de segunda o tercera generación) participan de una u otra manera de este fenómeno que involucra distintos aspectos de *la mexicanidad* en los Estados Unidos (Cfr. Anderson, 1983).

---

<sup>3</sup> Se asume que el ciberespacio, al igual que cualquier otro espacio social, puede ser dividido en un espacio público y otro privado. El espacio público, objeto de este estudio, es aquél al que se puede acceder sin mayor condición que el poseer una conexión activa a la red; el privado, por el contrario, es en el que el acceso es restringido, por diversos medios y dispositivos, por parte de los administradores y/o usuarios del recurso en cuestión; algunos ejemplos comunes de este espacio lo conforman el correo electrónico o el tablero de mensajes privados (Cfr. Hine, 2004).

Por último, en concordancia con autores como Durand (2001), se aclara que cuando sea necesario se utilizará el término *latino* para referirse a las migraciones o elementos culturales de Latinoamérica en oposición a *hispano*, concepto que se usa con una connotación hegemónica que hace referencia, sobre todo, a un mercado: el mercado “de habla hispana” de los Estados Unidos.

### **Contextos de estudio: migración y resignificación conceptual**

Si bien el concepto de migración no remite hoy a nadie a la idea de fenómeno nuevo, este hecho no es capaz de invalidar afirmaciones del tipo de “uno de los grandes problemas contemporáneos, en más de un sentido, son los impactos múltiples de la migración por sí mismos”.

Con todo, para entender más cabalmente esta afirmación, se requiere de contextos: anteriormente el concepto de migración, fuertemente enraizado en la tradición y paradigma demográfico (Herrera, 2006: 10), casi se reducía a entender el desplazamiento de grupos e individuos con el objetivo puntual de trasponer una frontera geográfica. Los hechos subjetivos, hasta hace relativamente poco, quedaban soslayados a planos inferiores de interés e investigación (Cfr. Herrera, 2006: 25).

Con todo, el concepto mismo de migración, como tantas cosas en estos días, también ha *migrado* a diferentes terrenos semánticos, obviando con ello que las migraciones actuales ya no se anclan, circunscriben ni pueden reducirse a aquel tránsito del sujeto por espacios y procesos *geográficamente* localizados; a la inversa, implica entenderlas también hoy como el tránsito de diferentes tipos de procesos y *espacios*, de muy diversos tipos, a través del sujeto, su colectividad y sus prácticas.

Así, desde hace menos de una década, surgen constructos teóricos como los de *migración tecnológica* (García-Canclini, 2004), *migración digital* (Vilches, 2001), *geografías posmodernas* (Soja, 1989) o el ya clásico de *no lugar* (Augé, 1998), entre algunos otros. Estos constructos, con su cambio de sentido, han intentado aprehender el estado de creciente complejidad que se vive en un mundo tecnológica y socialmente interconectado, pero a la vez, en



constante proceso de desplazamiento, expansión, re-locación y fragmentación (Bauman, 2001). Este hecho arroja lo virtual hacia los lindes de la movilidad social, proceso donde los desplazamientos humanos geográficos se transforman para dar lugar a una nueva forma de *ser y estar*, pero también y sobre todo, de transitar (*en*) *el mundo*.

En este sentido, el trabajo que aquí se presenta es un ejemplo puntual de ello, un ejemplo de entre una cantidad ingente y no siempre identificable de hechos sociales que hoy se mueven, soterrados, bajo la visión cotidiana, y que anidan en el centro de una necesaria resignificación de nuestros modelos explicativos.

Desde aquí, es necesario también redimensionar nuestras perspectivas, pues para el término migración y sus fenómenos, como para una gran parte de la realidad social, los modelos y las categorías sencillamente ya no alcanzan (Orozco, 2005;7). Esto obliga al investigador a atar los cabos de distintas madejas, para sólo entonces comenzar a tejer una red lo suficientemente fina como para atrapar los hechos sociales más escurridizos.

### **Migración mexicana en los Estados Unidos: los contextos históricos**

Si bien la ciudad de Tijuana es tristemente famosa alrededor del mundo por distintas causas, probablemente la información de sentido común más presente es aquella que dicta que ha sido la frontera más cruzada en la historia de la humanidad. Y esto ya nos dice algo acerca del contexto que se esboza a continuación.

El fenómeno de la migración mexicana a los Estados Unidos, por sus innegables impactos políticos, sociales y económicos, ha sido desde finales del siglo XIX un tema de potente y creciente interés a ambos lados de la frontera (Durand y Arias, 2000), dando lugar a toda una pléyade de estudios y reflexiones desde al ámbito disciplinar de las ciencias sociales.

Esta historia, para muchos, comienza en épocas precortesianas; para otros, a partir de 1848, momento en que México, por medio de suscribir el tratado cesionista de Guadalupe – Hidalgo, pierde casi la mitad de su territorio junto con muchos de los pobladores de estos espacios.

Con todo, lo real es que este tratado es parte de una serie de eventos que se desarrollaron entre 1836 y 1853, es decir, entre la Batalla de San Jacinto y la malhadada *Venta Gadsen*. En este lapso de tiempo los Estados Unidos anexaron a sus territorios los actuales territorios de Texas y Nuevo México, y mayor o menor parte de los de Colorado, California, Arizona, Utah y Nevada (Moore, 1972: 28).

Según las fuentes más convencionales que han tratado aspectos generales de la demografía histórica del fenómeno (McWilliams, 1970: 52), se proyecta que en la época había menos de mil mexicanos en Arizona, pero cerca de 5 mil en Texas, alrededor de 7,500 en California y unos 60,000 más en Nuevo México.

Sin intentar encender los debates ni buscar consensos, lo único factible de ser demostrado es que, a partir de 1853, se hace visible por primera vez la gran presencia de la población de origen mexicano en Estados Unidos.

A lo largo de poco más de 20 años esta situación fue algo estable, pero en 1884, con la puesta en función del ferrocarril Central Mexicano y posteriormente la inauguración de su segunda línea, las áreas del centro, bajo y norte de México quedaron conectados con las poblaciones fronterizas de Nuevo Laredo y Ciudad Juárez (Durand y Arias, 2005: 49).

Este hecho, en conjunto con el creciente desarrollo del Oeste Norteamericano y su ascendente desarrollo minero y ganadero (Meier y Rivera, 1976: 14), sentaron las bases para activar el imparable circuito de flujos migratorios que habrían de caracterizar al siglo XX, mismo que persiste y crece desmesuradamente en nuestros días: no en vano, tal como han dicho Durand y Arias, las causas y las razones que han atraído a los migrantes han sido tan poderosas como las que los siguen expulsando (Durand y Arias, 2005: 13).

A lo largo del siglo XX los procesos de expulsión, recepción y retorno han estado modelados por distintas determinaciones de orden tanto estructural como supraestructural. De entre ellas han sido de nodal importancia la asimétrica evolución e involución en los polos de desarrollo en México y los Estados Unidos, las políticas exteriores e interiores de ambos países y los cambios globales que inciden en los mecanismos de producción y absorción

de las fuerzas de trabajo en los ámbitos locales, regionales y nacionales a ambos lados de la frontera.

El cruce de los distintos factores derivados, así como el sustrato histórico que sostiene las conflictivas y sinérgicas relaciones México – Estados Unidos han dibujado un mapa complejo, siempre inabarcado y definitivamente poliedral del drama migratorio.

Estas situaciones coyunturales, con todo, son capaces de aportar elementos macrocategoriales como para distinguir al menos cinco fases históricas en el fenómeno migratorio México – Estados Unidos, expresados en términos de políticas bilaterales: 1) la aparición de una política migratoria disuasiva en la primera mitad del siglo XX; 2) un intento negociador a partir de la Segunda Guerra Mundial; 3) la emergencia del “dejar hacer, dejar pasar ” durante las décadas de los setenta y ochenta; 4) una fase de reparación de daños en los noventa, y 5) el periodo actual de carácter propositivo y negociador (Durand, 2003, 3).

En este contexto el *Programa Bracero*, iniciado en la década de los 40 y que habría de durar 22 años, fue la piedra angular de casi todo lo demás. Este acuerdo binacional, que se calcula llevó legalmente a 5 millones de trabajadores mexicanos temporales a territorio estadounidense (Durand, 2003: 4), derramó e instaló en los imaginarios colectivos de las áreas rurales de México el mito del *american way of life*. Este mito, a su vez, se ha venido reelaborando sistemáticamente hasta nuestros días, acomodando entre migrantes y quedados aquella antítesis existencial que toma forma en el choque entre la *epopeya del éxodo* y el *dilema del retorno* (Cfr. Espinosa, 1998: 37).

En lo práctico, es posible ver que a principios del siglo XXI los circuitos migratorios y sus dinámicas también se han reestructurado: mientras que estados tradicionalmente expulsores en México (tales como Jalisco, Michoacán, Guanajuato y Zacatecas) mantienen su primitivo vigor, prácticamente todos los estados de la república se suman, gradualmente, a la dinámica expulsora.

Asimismo, los destinos históricos en la Unión Americana, tales como Los Ángeles o Chicago, han perdido su capacidad de convocatoria para permitir el crecimiento de la población de origen mexicano en estados

históricamente olvidados por la migración. Ese es el caso de nuevos destinos tales como las distintas ciudades en las demarcaciones de Carolina del Norte, Georgia, Nevada, Arkansas o Maryland, entre muchos otros (Cfr. Durand y Arias, 2005: 381; Durand, 2003: 4).

Hoy, el fenómeno está más lejos que nunca de acabar. Las políticas macroeconómicas del neoliberalismo, el empoderamiento de las derechas, el golpe al agro del TLCAN y la actitud blanda, voluble y pusilánime del gobierno mexicano frente a la reforma migratoria, entre muchas otras cosas, siguen expulsando de manera masiva e irrefrenable a una ingente cantidad de connacionales a los vecinos países del norte, pues es necesario decirlo, Canadá ya no sólo es un imaginario turístico.

Más allá, los números no mienten, y si bien nunca pueden ser exactos, al menos son un importante baremo: como simple precedente, téngase en cuenta que tan sólo entre 1900 y 1924 se registraron casi medio millón de entradas de mexicanos a Estados Unidos (Durand y Arias, 2000), mientras que hoy en día (según datos proporcionados por Phillip Martin y Elizabeth Midget del *Popular Reference Boureau*, 1999) más de 2, 200 inmigrantes y refugiados legales llegan diariamente a los Estados Unidos, pero cerca de 5 mil más entran al país sin permiso ni papel legal alguno. De entre estos, el 80% son latinos, procedentes de Centro y Sudamérica, pero sobre todo, son mexicanos.

Ya para el año 2003 (Cortázar, 2004a) la Unión Americana (con una población total de 296 millones, Marti y Midget, 2003) contaba hasta entonces 37 millones de hispanos, de los cuales 22 eran de origen mexicano o *mexicoamericano*, convirtiéndose así este grupo en la minoría étnica con mayor población en el país y rebasando incluso el total de grupos asiáticos y afroamericanos. Uniéndose a estas cifras, también se calcula que 1 de cada 10 mexicanos reside en alguna parte del territorio norteamericano (Durand, 2003: 4).

Este hecho, como ya lo han sugerido muchos desde hace largos años, convierte a los mexicoamericanos contemporáneos en el colectivo con la composición social más diversa de entre cualquier otro grupo minoritario en la historia de los Estados Unidos, y a este país, a su vez, en el receptor más activo en la historia de las migraciones humanas (Moore, 1972: 10).

## La visibilidad y el acceso a medios

Su calidad de minoría étnica y cultural mayoritaria, además de los fuertes vínculos históricos entre ambos países, la inmediata vecindad de los Estados Unidos con México y un complejo conjunto de disposiciones económicas y lógicas extraterritoriales han permitido, entre otras cosas, gozar a la población *hispana* en Estados Unidos, frente a otras poblaciones minoritarias, de una cierta autonomía en la construcción de la oferta y la agenda mediática<sup>4</sup>. Ésta se basa sobre todo en el uso exclusivo y plural del español (García-Canclini, 1999: 138; González, 2003: 193) como lengua de presencia y no sólo como idioma vehicular.

Aún con todo, aunque el ecosistema mediático en los Estados Unidos históricamente ha permitido el crecimiento e incremento de medios impresos y radiales entre diversos grupos culturales hispanos, la industria televisiva de habla hispana en la Unión Americana, la más fuerte y vigorosa de la industria mediática de entre todos ellos (y a pesar de múltiple intentos por transformar esa situación por parte de grupos activistas latinos), se ha caracterizado por producir y vehicular contenidos culturales homogenizadores y hegemónicos, tendientes a contemplar *la latinidad* como un grupo de audiencias más bien indiferenciadas y tendiente a incluirlas en el flujo del *mainstream* norteamericano (García-Canclini, 1999; 144; Durand, 2001).

De esta manera, si bien los medios tradicionales innegablemente han logrado mantener y reproducir ciertos vínculos culturales e identitarios entre los diversos grupos de mexicoamericanos de entre toda la hispanidad norteamericana (sobre todo la radio y la prensa), éstos han estado históricamente pendientes de conservar un estado de interacción más bien pragmática y funcional entre aquellos sujetos plenamente insertos en la gran *norteamericanidad*, tales como las segundas y terceras generaciones.

Esto se debe en gran parte, tal como lo ha mencionado López-Pumarejo (2008 en prensa), a que la naturaleza mediática en ese país funcionan como una “especie de gestión colonial interna, que se lucra de los migrantes y

---

<sup>4</sup> Entre otras cosas, más de mil 200 publicaciones periódicas, 93 televisoras y 591 estaciones radiales, sin contar aquellas que son transmitidas desde México y que pueden ser monitoreadas al otro lado de la frontera. García-Canclini, 1999: 144.

retarda su incorporación cultural al país huésped mientras contribuye a construir la ilusión de democracia multicultural que diseminan los medios de comunicación social en los Estados Unidos”.

Esta lógica, que visiblemente actúa en detrimento de los procesos de integración e inserción de los *recién llegados* (Durand, 1996; 98), también actúa en detrimento de aquellos procesos tendientes a tender y/o mantener los lazos de comunión con aquellos colectivos e individuos que permanecen en los lugares de origen y aquellos totalmente establecidos en los Estados Unidos. Frente a esta situación, el arribo de la Internet ha sido percibida, tal como se constata en ciertas prácticas, como eje de la posibilidad de crear circuitos libres y alternos de comunicación en red, dando lugar entre otras cosas a los distintos sitios de oriundos.

Este hecho, como se documenta a lo largo de este trabajo, ha posibilitando en mayor o menor medida la reconexión entre los sujetos dispersos en territorio norteamericano, y a su vez, de éstos con los individuos radicados en los lugares de procedencia. Ello ha comenzado a transformar las anteriores dinámicas vinculativas ofrecidas por los modelos mediáticos y sociales tradicionales de los migrantes en los Estados Unidos, pero también las de sus propias comunidades de origen.

### **La Internet entre la latinidad norteamericana**

Para entender mejor el papel que el espacio público WEB ha tenido en los usos sociales y las dinámicas asociativas de la diáspora mexicoamericana en general, y los sitios de oriundo en particular, es necesario contemplar el hecho de que el proceso de migración hacia los Estados Unidos solía implicar, hasta hace apenas poco tiempo, la desconexión parcial o definitiva de los sujetos migrados con sus comunidades de origen.

Esto se debe, en parte, a que los medios de comunicación no masivos tradicionales tales como el teléfono o el correo (por sus limitaciones sociales y tecnológicas) desgastaban rápidamente su eficacia, mientras que las relaciones entre migrantes y mexicoamericanos en el extremo de la frontera (a falta de mejores sistemas y medios de comunicación masivos, no unidireccionales) se limitaban a las posibilidades de la membresía barrial,

política, deportiva y religiosa. El hecho supedita con ello la necesidades de acción recíproca de los sujetos a una lógica espacial e hiperlocalizada (Cfr. Lanly y Valenzuela, 2004).

Por otro lado, y tal como han afirmado Durand y Arias (2000: 9), en este contexto de intercambios de flujos e intercambios tecnológico-comunicativos habría que tomar en cuenta que, “a diferencia de los migrantes que han llegado de muchos otros lugares para establecerse en Estados Unidos, los mexicanos han tenido siempre como horizonte el retorno al terruño”.

Esta lógica de movilidad, por lo demás, ha dado lugar a un importante cambio en los usos sociales de la Internet, acelerando la aparición de nuevas lógicas de implementación por parte de mexicanos y migrantes mexicanos y mexicoamericanos, tanto en los Estados Unidos como en los lugares de origen.

Como ya se ha mencionado, si bien el sistema mediático norteamericano ha permitido no sólo el crecimiento, sino también el auge y el desarrollo de una próspera industria mediática, el establecimiento de la Internet es aún una instancia en desarrollo.

Con todo, y si bien es escasa la cantidad de datos formales sobre consumo y acceso a Internet por parte de migrantes mexicanos o mexicoamericanos, al menos se cuenta con datos duros sobre el uso y acceso generalizado que de ella hacen los latinos<sup>5</sup>:

Según datos del Pew Internet & American Life Project, del Pew Hispanic Center (Fox, 2007), el 78% de latinos que dominan el inglés y el 76% que es bilingüe hacen algún uso de la Internet. De ellos, el 76% que ha nacido en los Estados Unidos entran en línea, comparado con el 43% de aquellos que pueden ser considerados como migrantes, es decir, nacidos fuera del territorio estadounidense. Como dato de potente interés también se sabe que el 80% de latinos de segunda generación usan la Internet, contra el 71 % de aquellos nacidos en tercera (Fox, 2007; 2). Este dato se vuelve relevante cuando se toma en cuenta que es sumamente raro encontrar la participación de sujetos de tercera generación y en adelante en los sitios de la diáspora mexicoamericana

---

<sup>5</sup> Aunque los datos son proporcionados por un centro de estudios hispanos, el Pew Hispanic Center, con sede en Washington D.C., el término usado en el reporte correspondiente habla de latinos. Si bien es conocido el airado debate sobre el uso de los términos latino e hispano, en este caso refiere a todos aquellos hablantes del español que tienen algún origen generacional en países de América Latina.

no vinculados alguna corriente política o cultural, tales como el movimiento chicano y otros sitios transgeneracionales.

Con estos datos y entendiendo que el uso de la Internet a diferencia de otros medios y plataforma tecnológicas (tales como la televisión o la radio) conlleva implicaciones de alfabetización tecnológica y curvas de aprovechamiento cultural más estrechas, es fácil entender que, si bien el uso de la Internet no es marginal, todavía no se puede decir que impacte al total de la población latina, aunque se prevé que en pocos años, como parte de un proceso de educación y consumo histórico sostenido, alcance a una gran mayoría de ellos (Fox, 2007; 4).

Así, se puede deducir que, conformando la población de origen mexicano alrededor del 70% de la población latina de los Estados Unidos (Marti y Midget, 1999), una parte importante de ella no sólo tiene acceso a la Internet, sino que la usa con fines particulares, si bien desconocemos por el momento sus magnitudes puntuales y el tipo de usos puntuales, aunque lo que se revisa empíricamente más adelante ya da una pauta para ello.

### **Las diásporas digitales**

La pobreza, los conflictos bélicos, las persecuciones políticas y los desplazamientos forzados, entre otros factores, impulsan hoy en día a millones de personas a abandonar sus lugares de origen para buscar mejores condiciones de vida en sitios distantes. Muchos de ellos logran establecerse, y con ellos llegan también otros que comparten su misma condición, origen y cultura. Cuando estos establecimientos son masivos y sistemáticos, entonces se habla de una *diáspora*.

Como es fácil imaginar, los grupos diaspóricos siempre han intentado mantener vivas las relaciones con quienes quedaron atrás y mantener la fuerza de los lazos entre aquellos que migraron (Mitra, 2005: 372; Espinosa, 1998: 57). Esta labor nunca ha sido fácil, pero hoy en día, gracias al desarrollo de la plataforma Internet y el surgimiento de un espacio público en la WEB<sup>6</sup>, muchos

---

<sup>6</sup> La definición instrumental se detalla más adelante, en el apartado teórico. Mientras tanto se puede sintetizar que en este trabajo se asume que la Internet es la plataforma tecnológica y que su consecuencia social es el ciberespacio o espacio WEB. Éste, al igual que cualquier otro



de estos grupos han encontrado la posibilidad de ampliar sus modelos de acción y socialización a través de un nutrido grupo de sitios virtuales, dando lugar con ello a las llamadas *diásporas digitales* (Gajjala, 2006:180).

Éstas, aunque aún son un objeto apenas revisado y se desconoce casi todo acerca de sus historias, tipos y forma de operación, innegablemente se reconocen como un fenómeno importante en la historia actual de las migraciones mundiales (González, 2008: 119).

En este sentido, cuando el significado estricto de términos como *permanencia* y *pertenencia* (Mitra, 2005: 372) han sido tan profundamente retadas por las disposiciones geopolíticas actuales, la información digital ha venido a demostrar que existe en ella la posibilidad de “cargar” la idea de *vínculo*, permitiendo llevar consigo un importante elemento de cohesión entre sujetos temporal y físicamente alejados.

En este sentido si bien el Informe MacBride afirmó en su tiempo que el teléfono dilatava la ciudad y daba nueva vida al campo (MacBride, 1980: 131), se puede asegurar que la red de redes ha hecho lo propio a niveles globales. Hoy, la Internet no sólo dilata las fronteras geográficas, sino que las anula, abriendo la oportunidad de integrarse a un mosaico indistinto de pertenencias espaciales, donde lo que importan son los individuos que lo habitan.

Espacio rural, espacio urbano, nada importa. En nuestros días esta plataforma sin fronteras mantiene unidas a extensas y densas redes humanas en su forma de comunidades transnacionales, reuniendo en el ciberespacio una compleja cantidad y categorías de sujetos anteriormente copados por las nociones teóricas de los estudios migratorios, tales como “primera y segunda generación” (Durand y Arias, 2005: 318), “residente y no residente” (Gajjala, 2006: 179) y muchas otras que se han ido eliminando, hibridando o sustituyendo con el paso del tiempo.

Este hecho, por lo demás, se presenta ante los estudios de migración-comunicación y comunicación y redes, entre otros campos, como una

---

espacio social, puede ser dividido en un espacio público y otro privado. El espacio público, objeto de este estudio, es aquél al que se puede acceder sin mayor condición que el poseer una conexión activa a la red; el privado, por el contrario, es en el que el acceso es restringido, por diversos medios y dispositivos, por parte de los administradores y/o usuarios del recurso en cuestión; algunos ejemplos comunes de este espacio lo conforman el correo electrónico o el tablero de mensajes privados (Cfr. Hine, 2004).

importante situación testigo para reflexionar sobre cómo abordar un fenómeno asociativo en este espacio, donde de común los principios teóricos y conceptuales suelen tener un perfil bastante bajo.

Como nota de manejo conceptual, es necesario mencionar que muchos trabajos en el área de las denominadas migraciones digitales han tomado como conceptos operativos los términos diáspora y diaspórico en lugar de otros, y no por una decisión arbitraria.

Por el contrario, en el tema de las diásporas digitales se utilizan los términos diáspora y sus derivados por cinco razones principales:

- 1) Porque mientras que el término migración suele implicar un carácter general y simétrico de la categoría y ha sido históricamente relacionado el hecho demográfico e instrumental de traspasar una frontera (Herrera, 2006: 20), el término diáspora suele estar más vinculado a un hecho histórico, multitudinario y bien particularizado en el tiempo y el espacio (Appadurai, 1996), tal como lo es el caso de los mexicanos en los Estados Unidos.
- 2) Porque si bien las diásporas forman parte de la gran categoría *fenómenos migratorios* no pueden entenderse como sinónimo de cualquiera de ellos.
- 3) Porque tal como la mexicana en los Estados Unidos, una diáspora es, por definición, producto de las grandes migraciones externas, masivas, acumulativas y sistemáticas, teniendo su principio de caracterización en la capacidad de depositar sujetos con pasados históricos y culturales similares en un contexto puntual y distinto al de origen.
- 4) Porque éstas se encuentran caracterizadas por exportar grupos minoritarios que, en más de una forma, ya tienen su centro en una estructura social antecedente, por lo que uno de sus componentes y primeras consecuencias es la emergencia de *viejas* formas de asociación al interior de la comunidad receptora (Cfr. Herrera, 2006: 36).

- 5) Porque la gran mayoría de literatura que ha problematizado sobre aspectos migratorios en la WEB ha enfatizado teóricamente, y respecto de los puntos anteriores, la utilidad del término diáspora, en comparación a otros como comunidad binacional, culturas transfronterizas y algunos más (V.g. Gajjala: 2006).

Con este trasfondo, y aunque se utilizará más adelante la noción de *comunidad transnacional* (Rouse, 1992), es importante conceptualizar que los sitios de oriundos, como forma particular de las manifestaciones tecnoculturales del fenómeno migratorio México – Estados Unidos, es centralmente parte de un grupo diaspórico y a su vez de una diáspora digital.

### **Mexicanos en Estados Unidos: de la diáspora a la comunidad transnacional**

A diferencia de las diásporas procedentes de otros circuitos migratorios, la mexicanoamericana, debido a la intensa migración circular y la consecuente presencia de siempre nuevas “primeras generaciones”, es concebida ante todo como parte de una *comunidad transnacional*, es decir, donde las dinámicas sociales de los migrantes transcurren simultáneamente en el país de origen y el de destino (Rouse, 1992: 12).

Para Rouse, fundador del concepto comunidad transnacional<sup>7</sup>, éstas no pueden concebirse como meras comunidades separadas por una frontera, sino sobre todo, por la conexión de fuertes y reconstitutivas redes sociales, “por donde circulan, además de personas, bienes, capital e información” (Espinosa, 1998: 58), situación que, por lo demás y esto debe quedar claro, no es consustancial a toda condición de diaspóridad.

En torno a este hecho Espinosa (1998: 56) ha dicho que “el constante transitar de los migrantes entre dos mundos culturales, y la circulación de bienes materiales y simbólicos entre los lugares de origen y destino ha creado

---

<sup>7</sup> Los conceptos de transnacionalidad y comunidad transnacional fueron resultado, en gran parte, de la búsqueda de una explicación más integradora y dinámica del fenómeno mexicanoamericano. Posteriormente, los conceptos se “transnacionalizaron”, migrando a otras geografías y ámbitos teóricos. El trabajo de Rouse sobre las migraciones circulares entre Michoacán y California son las pioneras en ello Cfr. Rouse, 1992.

un nuevo espacio sociocultural que trasciende los límites nacionales, y que sirve hoy de contexto global de la migración transnacional". En este sentido es importante hacer notar que los problemas migratorios han sido tradicionalmente estudiados como fenómenos duales, donde el origen y el destino quedan desvinculados por el efecto disolvente del tránsito migratorio (Rouse: 1992).

A contracorriente de esta tendencia teórica, el enfoque transnacional ha puesto un especial interés en obviar que tanto los vínculos sociales como las identidades se reescriben no en la forma de un *palimpsesto*, sino como múltiples copias al carbón. Tras este efecto, los nexos y las relaciones que ellos soportan no sólo tienden a mantenerse, sino a fomentar nuevas conexiones entre ambos polos (Glick, 1992). Esto, como consecuencia, permite al menos dos cosas: 1) entender que los sujetos pueden orientar sus vidas en dos ámbitos geográficamente distantes (Espinosa, 1998: 58) y 2) que la migración es un fenómeno que no puede ser entendido sólo en términos de migrantes, éxodos y exilios, sino también como una relación dialógica y recíproca entre los que se van y los que se quedan.

### **La transnacionalización del espacio público de la WEB desde la diáspora mexicoamericana**

Desde un punto de vista práctico y acercándonos a nuestro objeto, todo lo anterior apunta a que los sujetos que forman parte de esta diáspora se encuentran formal y simbólicamente en continuo tránsito a ambos lados de la frontera mexicoamericana, lo cual implica, respecto de otros grupos diaspóricos, un importante cambio de usos socializadores del espacio público WEB; por otro lado, este hecho encuentra profundos condicionamientos en la composición histórica de las distintas poblaciones de origen mexicano en los Estados Unidos, particularmente en sus características generacionales.

Tal como ha enfatizado Montemayor (2003:23), una sociedad no se compone sólo de sus contemporáneos, sino de la imbricación de distintas generaciones. Justamente, en el proceso de transnacionalización de la diáspora mexicoamericana debe destacarse el papel central que han jugado las diversas generaciones de mexicoamericanos en los Estados Unidos en el objeto aquí tratado.

Si bien el problema de las nomenclaturas han sido desde siempre una fuente inagotable de debate<sup>8</sup>, se puede consensuar que hoy en día existen tres grandes categorías de mexicoamericanos: *los ancestrales*, *los de origen mexicano mediato* y *los inmigrantes mexicanos recientes*, junto con su descendencia (Cfr. Durand y Arias, 2005: 317).

El primer grupo esta formado por los descendientes de los cerca de 100 mil mexicanos que, a raíz del Tratado de Guadalupe – Hidalgo, repentinamente se encontraron habitando tierras norteamericanas (Maciel y Bueno, 1975: 9). El segundo grupo lo conforman “los inmigrantes mexicanos y sus hijos norteamericanos, que poco a poco y en pequeña cantidades, pero a lo largo de todo un siglo, se han quedado a vivir de manera definitiva en Estado Unidos. Este grupo suele autocalificarse como *mexico-americano*” (Durand y Arias, 2005: 318). El tercero queda integrado por los inmigrantes de una nueva generación y sus hijos, de los cuales muchos son nacidos aún en México o bien, parte y parte (Espinosa, 1998: 263). De entre estos últimos surgió en su momento el *movimiento chicano* (Durand y Arias, 2005: 327).

Este hecho, que implica la constante presencia de siempre nuevas generaciones y su dinámico movimiento bilateral, se presenta como la principal causa de posibilidad del carácter transnacional a la diáspora mexicoamericana.

A diferencia de la de otros grupos diaspóricos en los Estados Unidos, donde la primera generación es la que sufre los impactos adaptativos (mismos que luego van desapareciendo paulatinamente en las posteriores), esto nunca ha sido posible entre la población mexicoamericana. Esto se debe en gran parte a que el ingente volumen migratorio de los recién llegados haya impedido a los grupos primitivos asimilarlos totalmente (Maciel y Bueno, 1976: 9).

---

<sup>8</sup> La historia social de la migración México – Estados Unidos y Latinoamérica – Estados Unidos ha estado cruzada por la dificultad de estatizar sus categorías. Si bien han existido momentos donde el debate parece alcanzar un consenso, éste no ha tardado en ceder ante siempre nuevas y emergentes críticas. Ejemplo de ello es el término *chicano*. Mientras en la década de los setenta pareció llegarse a la conclusión de que todo el fenómeno migratorio mexicoamericano podría englobarse y derivarse de la lectura del naciente movimiento chicano (Cfr. Maciel y Bueno, 1975; Maciel y Bueno, 1976; Moore, 1972; Pierri, 1979), ya en la década de los ochenta se vio que era imposible agrupar bajo este marbete un universos de sujetos tan dispar. Otro problema lo ha constituido, como ya se ha mencionado antes, la dicotomía hispano / latino.

Así, estos mexicoamericanos tempranos, tendientes a habitar en una marginalidad histórica respecto de la población norteamericana y sus propios grupos de origen, han fungido como el agente dinamizador del proceso de transnacionalización, siendo ellos quienes revitalizan los vínculos entre migrados y permanecidos, rearticulando diversas redes fragmentadas y tendiendo nuevos canales de vinculación entre las viejas y las nuevas generaciones (Pérez, 2005: 16).

Esta lógica de vinculación con *el más cercano*, lo más familiar y compartido, ha determinado la dinámica de uso de este grupo con sus pares, pero modelado también la forma tan atípica y singular de los llamados sitios de oriundos.

En este sentido, mientras otras diásporas digitales agrupan sujetos que tienen como común denominador la vinculación a partir de la identidad nacional, en el caso mexicano los sitios genéricos de migrantes son inexistentes, aunque los sitios antes mencionados, que agrupan a sus miembros y participantes en torno a la población o pueblo de origen, se cuentan por decenas en la Gran Red y tienden a crecer.

### **Un acercamiento a los Sitios de Oriundos**

Partiendo de este escenario, que discurre entre el concepto clásico de diáspora y el más reciente de transnacionalidad, es central exponer que del amplio universo de posibilidades que han mostrado las diásporas digitales internacionales, la mexicana ha puesto su atención en constituir dos tipos de grupos: 1) aquellos a los que se ha llamado en esta investigación transgeneracionales y 2) *los sitios de oriundos*, dejando en medio de ellos al tan común y extendido uso y construcción de los *sitios diaspóricos generales*<sup>9</sup>.

Los sitios de la diáspora mexicana, entre los que se encuentran los sitios de oriundos, son un heterogéneo conjunto de portales y sitios WEB que tienen como común denominador el ser construidos, intervenidos y

---

<sup>9</sup>Los sitios diaspóricos generales son espacios donde una determinada cantidad de migrantes y sus respectivas generaciones, independientemente del pueblo, población o entidad de origen, encuentran un espacio común de interacción a partir de una misma identidad nacional y/o cultural. Las diásporas hindúes que este autor conoce son ejemplo puntual de ello. Cfr. Mallapragada, 2006.

mantenidos por sujetos que *asumen* pertenecer a ella; en este sentido, son miembros de la diáspora mexicoamericana todos aquellos sujetos que, por su vinculación obvia, práctica o imaginada (Cfr. Anderson, 1983), se identifican con aspectos amplios de la mexicanidad en el vecino país del norte, o bien, que por efectos históricos, sean o hallan sido afectados por al menos algún aspecto del fenómeno migratorio México – Estados Unidos. Este podría ser el caso de cualquier persona que, nunca habiendo migrado, mantenga relaciones en el tiempo y en el espacio con personas o colectivos que así lo hicieron.

Dentro de estos espacios las dinámicas sociales de uso y apropiación del espacio público de la WEB son muy distintos y diversos, en gran parte determinadas por la instrumentalidad que determina sus interfaces, la motivación con que un sujeto o un colectivo lo crea y publica y las transformaciones que por principios de función y utilidad los usuarios históricamente le asignan y modifican.

En otras cosas, también es útil mencionar que aunque tratamos con un fenómeno reciente (Quiñones, 2000), diversas diásporas nacionales y en distintas geografías también han generado usos similares a éstos en la Internet de tiempo atrás, si bien por sus características históricas, reticulares, demográficas y geográficas han desarrollado modelos y lógicas de operación muy distintas.

Tal es el caso de muchos grupos y sitios virtuales hindúes en los Estados Unidos, Reino Unido, Canadá o Australia y la diáspora norafricana en España, Francia y Alemania, entre otros países de Europa occidental (Mitra, 2005 y Mallapragada, 2006), donde la tendencia es funcionar como espacios donde el concepto de transnacionalidad se sujeta a la idea del migrante “nacional” y no particularmente “oriundo”, tal como se irá entendiendo el concepto a lo largo de este trabajo.

Con todo, los sitios de la diáspora mexicoamericana, por factores obvios de geografía e historia, conforman un fenómeno único de entre otras diásporas nacionales, surgiendo y concentrándose en la relación política México – Estados Unidos y sus particularidades regionales.

En este punto, es necesario hacer una pequeña reflexión en torno a las representaciones que de ellos se tienen, pues por regla general la primera impresión que suelen dar los sitios de oriundos es la de potentes redes de

cooperación o poderosos mecanismos de solidaridad y apoyo en la tráfuga; circuitos donde migrantes de toda clase y condici3n intercambian experiencia puntuales sobre el tráfuto migratorio y las penalidades de la asimilaci3n cultural y laboral al otro lado de la frontera. En t3rminos prdficos, no hay nada mdf lejano de ello.

Si bien es imposible negar la existencia de este tipo de dinfmica en una buena parte de sitios de oriundos, los casos son los menos, y tambi3n en cierta forma, los menos interesantes en t3rminos te3ricos y emp3ricos.

Los sitios de oriundos, en general e independientemente de su tipo, se comportan y obvian como agregaciones de sujetos bien establecidos en territorio norteamericano (y a este lado de la frontera) en busca no de informaci3n de primera mano sobre el proceso migratorio sino mdf bien en busca de integrar una *comunidad de sentido* (Berger y Luckmann, 1997).

El motor central de los sujetos, as3, es la expectativa de encontrar a otros que catalizada la experiencia migratoria compartan una orientaci3n compartida de vida y el acceso a ciertos beneficios.

Entre estos, son particularmente centrales los *beneficios afectivos*, tales como la posibilidad de mitigar la nostalgia a trav3s del contacto fugaz con un familiar o conocido o bien, satisfacer el deseo, por medio del chisme y el cotilleo, de sentirse incluidos en el aqu3 y ahora de quienes han quedado lejos.

Por lo demdf, este hecho hace que los sitios de oriundos impliquen intrincados y complejos procesos de socializaci3n, vinculaci3n y usos sociales del espacio p3blico WEB, mismos que son objeto de los apartados que a continuaci3n se presentan.